

ESTRADA, Juan Antonio. (2010). *El sentido y el sinsentido de la vida: preguntas a la filosofía y la religión*. Madrid: Editorial Trotta. ISBN: 978-84-9879-167-9. Número de páginas: 240.

EN EL MARCO DE UN PENSAMIENTO CIRCUNVALADO POR EL HORIZONTE del nihilismo y de una ciencia cuyos desarrollos y descubrimientos pretenden, en no pocas ocasiones, poner en entredicho la existencia de Dios, Juan Antonio Estrada establece un diálogo con diversas vertientes filosóficas y distintas corrientes científicas, que problematiza la perspectiva teológica de la fundamentación del mundo y que cuestiona la existencia de Dios e, incluso, su posibilidad conceptual, intentando conciliar filosofía, ciencia y religión, para procurar algunas respuestas “ilustradas” al hondo problema del fundamento del mundo y el sentido de la vida.

UNIVERSITAS PHILOSOPHICA 56, AÑO 28, ENE-JUN 2011: 265-286

En el primer capítulo: *Humanizar el animal: cultura y religión*, el autor sostiene que, si bien, hay elementos biológicos que condicionan al hombre, éste es también resultado de elementos sociales y de esa interpretación a la que se ve conminado cada individuo por estar en el mundo. Más aún, sostiene que somos seres sociales que nos formamos en relación con los otros y, en esa relación, le damos forma también a nuestro estar en el mundo. Ese sustrato biológico que nos conforma, marca una predisposición a ciertos tipos de comportamientos que disponen anticipadamente a la moral, pues el instinto de supervivencia, individual y colectivo, se integra en el comportamiento ético. De esta manera, la ética habría que considerarla como complemento transformador de la naturaleza biológica, siendo la supervivencia el núcleo de la convergencia entre los comportamientos naturales y sociales, aunque asignándole siempre a la ética una conciencia evaluadora y un contexto social que no necesariamente está presente en el dominio de la naturaleza.

En este mismo capítulo, reivindica el autor la fuerza que han vuelto a tomar las religiones en la escena política, en contra de quienes veían la religión como una etapa que debía ser superada dentro del desarrollo histórico de Occidente. La persistencia del fenómeno religioso se debe a que las religiones ofrecen un marco de sentido a la vida de los hombres. Aunque hace notar que la pervivencia de las religiones no garantiza su verdad —pues podría tratarse tan sólo de una ilusión útil— máxime cuando las religiones —y es una cuestión sobre la que retorna en varios pasajes del libro— tienen un carácter cultural y mediado que pone en entredicho las pretensiones de ‘pureza’ de toda religión, y una presunta revelación divina que las funda y las fundamenta. Las religiones, pone de relieve el autor, en cuanto ofrecen respuestas absolutas a las demandas de sentido, generan estabilidad, orden e identidad. De ahí su eficacia social, aunque de ahí también la dinámica fundamentalista que posibilitan. Tiene razón Estrada cuando sostiene que “son respuestas, creencias y prácticas tan importantes que cualquier cuestionamiento, impugnación o rechazo impacta experiencial (sic) y emocionalmente a los que viven de ellas. Negar una religión no es sólo impugnar un sistema de creencias y prácticas, sino también cuestionar a las personas a las que ha dado seguridad existencial” (2010: 47); pero, quizás exagera cuando sostiene que cuestionar tales valores es “atentar” (sic) contra las personas religiosas (47).

El segundo capítulo: *El hombre, el universo y la pregunta por Dios*, está dedicado al estudio de distintas hermenéuticas (filosóficas, científicas, y religiosas) sobre el universo. Hace un recorrido desde la filosofía griega que hizo converger los ámbitos científicos, filosóficos y teológicos, fusionándolos en un horizonte último racional de explicación, y desde la doble hermenéutica bíblica de la

creación hasta la crítica heideggeriana de la onto-teología. De particular relevancia resultan las páginas dedicadas al estudio del problema del mal y de la teodicea. La larga discusión filosófica en torno a esta delicada cuestión desembocó en un cristianismo o, si se prefiere, en una religiosidad de carácter más subjetivo, al estilo de Pascal y Kierkegaard. Ambos pensadores remiten a una forma de vida y a una interpretación del mundo indemostrable puesto que se basa en convicciones de fe. No intentan, por lo demás, que sea demostrable, a lo más, que ciencia y fe sean compatibles, respetando la diferencia de discursos. Un discurso —es cierto— no puede ser refutado precisamente por ser indemostrable (a menos que contradiga las leyes de la lógica), pero un discurso puede justificarse en cuanto responde a cuestiones límite de la vida, según propone el autor.

Una última fase de rechazo al Dios de los filósofos, cuyo desarrollo estudia el autor, la inaugura Martin Heidegger con su oposición a la ontoteología. Distinguió el filósofo alemán entre el carácter óntico de la teología y la dimensión ontológica de la filosofía, entre los entes y el ser. La filosofía es ciencia del ser, que no hay que confundir con una reflexión sobre los entes. De allí, que sea imposible una filosofía cristiana, ya que la pregunta por el ser no podría plantearse, pues se parte de una respuesta dada: la del Dios creador.

Relevantes también son las páginas en las que Juan Antonio Estrada muestra por qué habría una cripto-teología en la obra de Heidegger. En particular, por un paralelo que establece el autor entre la mística del maestro Eckhart y la filosofía de Martin Heidegger, sosteniendo que el lenguaje de Heidegger “es cripto-teológico, el de la teología negativa en su sentido más radical” (2010: 83).

Posteriormente, estudia la teoría de un universo determinista, mostrando que el plano científico no invalida las indagaciones teológica o filosófica pues se mueven en planos distintos de análisis. De esta manera, las hipótesis científicas condicionan las teorías filosóficas y las teológicas, y pueden servir para invalidarlas cuando contradicen sus datos, pero no las desplazan ni las eliminan porque responden a intereses y a problemas diferentes. Además, problematizando la perspectiva científica, hace notar que el azar como principio del universo, no sólo tendría que explicar el origen del cosmos, sino su perseverancia y el mantenimiento constante de las condiciones que posibilitan la emergencia. Hace notar que la “afirmación de que el azar es la única explicación última del universo, cae en la paradoja de afirmar una contingencia ilimitada, la del universo y, sin embargo, hacer de ella una afirmación absoluta. Se hace del azar el principio último de explicación de la totalidad e, inconsecuentemente, se acusa a los teístas de que todo lo refieren

a Dios como principio último” (90). Por lo demás, al negar absolutamente a Dios y afirmar que la divinidad nada significa, se cae en una onto-teología a la inversa que presupondría un saber absoluto que nos permitiría afirmar lo que puede o no ser. Por ello, concluye Estrada, no hay razones apodícticas en favor o en contra de Dios, sino deseo, compromiso e intencionalidad que posibilitan críticamente afirmar al creador, pero también negarlo.

En el tercer capítulo: El hombre ante la finitud y la muerte, Estrada se centra en estudiar la relevancia que cobra el problema del sentido frente al hecho de la muerte. Si bien, el influjo de Heidegger sobre esta perspectiva se ha mostrado de manera honda y hasta radical, al considerar al hombre como un ser para la muerte, el autor reivindica la perspectiva de Ricouer quien hace énfasis en el nacimiento y no en la muerte. La vida, pues, como un don, desde la absoluta gratuidad, en la que el sentido está vinculado a las relaciones interpersonales. Frente a posturas radicales como, verbigracia, la del existencialismo sartreano que ve en la muerte, en la carencia de fundamentación y en la contingencia, el absurdo de la existencia, Estrada resalta en varios pasajes del libro la figura de Cristo como modelo de vida o criterio para lo divino, y sostiene que con la muerte de Cristo surge un imperativo de sentido: identificarse con los “crucificados de la historia” y luchar contra las concreciones del mal, imperativo del cual surgiría una nueva dinámica que llevó a Occidente a una creciente preocupación por las víctimas; novedosa respecto de la exaltación tradicional de los vencedores y de los victimarios.

También, es cierto que la crisis de las grandes religiones en Occidente agudiza la situación nihilista contemporánea, al erosionar sus grandes hermenéuticas de la vida y de la muerte. La radicalización de la nada —sugiere Estrada— simbolizada en la muerte, se irradia en toda la vida, validando las filosofías del absurdo y las concepciones nihilistas. La muerte como hecho, sin embargo, cuestiona, aunque no elimina, las pretensiones absolutas de sentido. No obstante, propone el autor, la vida tiene significado y valor en sí misma; trascendemos lo puramente orgánico y damos sentido a la muerte. Estamos condenados a crear sentido desde la finitud, concluyendo que “la libertad humana posibilita elegir un proyecto de vida y darle significado en función de lo importante y valioso. La toma de conciencia de la finitud da más realce a nuestras decisiones, ya que sabemos que tenemos un tiempo limitado y que hay opciones que van a ser definitivas, sin que haya posibilidad de una segunda oportunidad” (146).

En el cuarto capítulo: El sentido de la vida en un contexto nihilista, una crítica a los postulados de Nietzsche, Estrada hace una revaloración y una apologética del

proyecto de sentido que ofrece el cristianismo, y propone que a la luz de las críticas de Nietzsche a la religión, y dentro del marco de las sociedades actuales de carácter multicultural, las religiones deben renunciar a sus pretensiones fundamentalistas y adaptarse a los tiempos que corren. El problema, dice el autor, es que los ámbitos eclesiásticos cristianos no parecen muy favorables a los valores humanos de autonomía, libertad y reflexión crítica, que son sustanciales para cualquier proyecto de vida. Es necesario, sostiene, que el cristianismo se distancie de la pretensión de intemporalidad que lo ha marcado durante siglos. La revelación divina que pretende no hay que verla como un contenido esencialista y ahistórico, pues toda religión es una creación humana, condicionada por la historia y por los contextos sociales. El dogma y la moral cristianos ofrecen inadecuadas respuestas a las demandas de sentido que subsisten en la sociedad, lo cual se agrava por el carácter anacrónico de símbolos y mediaciones litúrgicas que surgieron en una sociedad agrícola y religiosa, y tienen que competir con la era mediática, visual y corporal (182). Aunque Dios inspire una forma de vida, ésta necesita adaptarse y transformarse según los cambios históricos. La pretensión de una religión pura y de una revelación al margen de la cultura, concluye, es una característica común de los fundamentalismos (185).

En el último capítulo: El sinsentido, el mal y las teodiceas, Estrada estudia algunas de las indagaciones (Agustín de Hipona, Leibniz, Schopenhauer) que sobre el mal han hecho los filósofos, bien para tratar de conciliar el mal con la idea de un Dios omnipotente y justo, bien para tratar de darle sentido al mal que se padece. Aunque, al parecer el autor quiere concluir que “más que definir el bien y exponer en qué consistiría una vida sin mal, hay que luchar contra los males conocidos, y en eso consiste el bien. La búsqueda de la trascendencia surge de las necesidades humanas, afirma Adorno, sin claudicar ante el sinsentido existente” (226).

Hay quienes creen que en nuestros días la ciencia ofrece respuestas más ciertas a los problemas últimos sobre los que este libro indaga. Se trata, en verdad, de un dominio que se mueve en otro plano de explicación y cuyo alcance nunca roza el problema de la explicación ontológica que sólo puede dar la filosofía. Habrá quienes, poseídos del entusiasmo de los desarrollos frenéticos de la ciencia, juzguen que estas preguntas (sobre el bien, sobre el sentido de la vida, ...) se quedan sin piso y pierden posibilidad y sentido. Juan Antonio Estrada recuerda y responde que “la pregunta por Dios sigue vigente porque el mundo es”. Habrá, entonces, que seguir preguntando y, sobre todo, habrá que continuar respondiendo; o al menos intentarlo.

JUAN DAVID ZULOAGA DAZA
juandavidzuloaga@yahoo.com